

CUANDO SE PERDIÓ LA CHE

Don Tono Larrazate frisaba los tres cuartos de siglo, de los cuales había pasado como secretario casi vitalicio de la agencia del ministerio público de San Bartolomé de Los Llanos, ahora Venustiano Carranza, un poco más de cincuenta años. Podría decirse en cuestiones legales de la agencia, era una autoridad, no la oficial; pero sí en conocimientos que no entrañaran mucha profundidad en la «ciencia» del Derecho; era toda una “chucha cuerera”.

Alto, desgarrado, vestido con su inseparable guayabera, ceñía sobre su cabeza, un cuidadísimo sombrero de fieltro para cubrirse del sol y otras inclemencias del tiempo. Cuando se erguía, dominaba su elevada estatura, a pesar de su joroba, resultado de su propecta edad y gracias a un herpes zoster, el cual le atacó las costillas del lado izquierdo, desde la espalda hasta la tetilla del mismo lado, adoptaba una pose napoleónica cuando al sentir dolor, o con el recuerdo del mismo-- en un acto reflejo---ponía la palma de su mano izquierda sobre el pecho. Sus lentes montados sobre el caballete de la nariz, casi en la punta, enfocaban o desenfocaban, según el caso, dos sanguiñolentos ojos, producto de una conjuntivitis no cuidada, muy vieja, en etapa de cronicidad degenerativa, amenazaban (al menos esa sensación se percibía al verlo), con salirse de sus órbitas y rodar cual iridisadas canicas.

Aquella mañana la agencia estaba repleta de declarantes; al tope, porque al licenciado, su actual jefe, se le había ocurrido citar, para tomarle declaración en un caso de probable despojo, ¡oh inocente alma!, a Bartolomé Martínez de la Torre. El pobre abogado no tenía idea cuando envió el citatorio, de que la mitad de la población se llama Bartolomé Martínez de la Torre o es Do Santes, o bien, una mixtura de ambos patronímicos. Como resultado, asistieron dieciocho «Bartolomé Martínez de la Torre», y para aumentar su desgracia, la mayoría de ellos se llamaba igual, como se anotó antes; pero, ahí estaba el pero; también casi todos ellos mascaban, más no hablaban, el idioma de Cervantes y se expresaban en totic, lengua de origen maya, predominante en esa región. Para solucionar este hecho don Tono interrogaba acerca del idioma de los citados, para luego tomarles declaración.

El licenciado, al ver el problema, desenvainó (descubrió más bien), su máquina de escribir portátil y a la de ¡ya!, le explicó el proceso que utilizarían para poder desahogar esa terrible diligencia: Don Tono clasificaría los Bartolomés. Quienes entendieran el español pasarían con el leguleyo y él les tomaría declaración. El resto sería atendido por el secretario. El asunto se definió pronto: Diez para don Tono y ocho para el licenciado.

Ambas máquinas daban la apariencia de ir acordes con la idiosincrasia de ambos estenógrafos.

Una Underwood del siglo pasado, modelo típico de los periodistas de aquella época, sufría los ataques de don Tono y una Olimpia de las más modernas, era utilizada por el abogado, quien no pasaba de los veinticuatro años. La primera, producía una intermitencia de fuertes sonidos asemejando el tableteo disparejo de un fordcito del 34, no muy bien afinado. Algo como un «¡tac tac tic ta tíquiti ti!». En cambio, la Olimpia, dejaba escapar un zumbidito adormecedor, máxime cuando su dueño agarraba vuelo, demostrando sus habilidades estenográficas.

La algarabía de la agencia del ministerio público era, hasta cierto punto, insoportable, en especial si agregamos al elevado ruido, el calor de por sí muy caliente en esa zona geográfica. La media anual no baja de veintisiete grados centígrados, y si a eso agregamos los dieciocho individuos, mas

el abogado y el secretario, encerrados en un cuarto no mayor de veinticinco metros cuadrados, con la única ventilación de la puerta de entrada, más una ventana ubicada al fondo del edificio municipal, en donde se asentaban las oficinas públicas. No contaban con ningún ventilador eléctrico porque el licenciado, hombre ideático a más no poder, aducía que le atacaba la garganta.

El abogado escribía con sus diez dedos y con mucha rapidez, mientras don Tono, más folklórico, usaba los dos índices, considerando letras y espacios manipulados por esos dos dedos, los cuales, a ratos, se cruzaban de manera indiscriminada; parecían estarse batiendo en un duelo como si fueran sables y ¿por qué no?, de kendo, el arte marcial de los japoneses practicado con palos.

En el momento cuando el calor, el bochorno y el ruido estaban en su mayor apogeo, don Tono se quedó como una estatua, con la vista clavada en el teclado, girando los ojos y cabeza de un lado para otro, como buscando algo. La mano izquierda la tenía apoyada en la mesita donde estaba asentada la máquina y la derecha, estaba quieta, con el índice en la posición más correcta, asumida por un torero, en el momento de enterrar el estoque en el lomo del toro lidiado. La boca abierta, con los incisivos saliendo a través de un labio mordido y los lentes a punto de caerse de la nariz por encontrarse cerca de la nada, completaban la imagen de aquel anciano quien semejaba haber sido tocado por un rayo paralizador, disparado, quizás por cualquier marciano perdido en este singular planeta.

Silencio. El licenciado paró de escribir cuando vio al secretario en su actitud de absoluta inmovilidad, cual mantis religiosa en espera de su víctima. Los declarantes también habíanse callado. No se escuchaba el ruido de una mosca. El tiempo pareció detenerse. Todos daban idea de ser los personajes de una fotografía o película cuya acción de pronto es detenida. El sudor brotaba de los poros de todos los presentes, única evidencia de no ser figuras del museo de cera.

Y como si el «¡Engarrótense ahí!» hubiera sido suspendido, el licenciado alcanzó a preguntar:

---¿Le sucede algo don Antonio? ¿Se siente mal?

---No, licenciado---dijo el interpelado mostrando sus incisivos de conejo, al tratar de ver a su jefe a través de los bifocales---. No tengo nada, gracias a Dios.

---¿Y cuál es la causa de esa posición tan rara adoptada por usted?

---¡Ay, no...lic.---hizo varios movimientos erráticos, tal vez con el afán de desbaratar su estatuaria e inigualable posición---. Disculpe..., no me había dado cuenta de ello... Es que... de repente, en lo más fuerte de lo que me estaba diciendo Bartolomé, se me perdió la «che» y no la encuentro.